

# EL RINCÓN DE VÍKTOR

## EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Sábado, 23 de Febrero de 2008

### LA BARCA DE CARONTE.

### DECIMOPRIMER CAPÍTULO. LA ROSA NEGRA.

La historia que a continuación les relataré se basa en una leyenda de mediados del siglo XIX que al parecer ocurrió en Madrid. El protagonista era un diplomático alemán. Yo, sin embargo, he preferido que mi personaje sea un diplomático británico. No puedo, en esta ocasión, decir aquello de “basado en hechos reales” (nunca se puede decir con total rotundidad en estos casos). Pero me pareció una leyenda tan bonita, que es digna de integrarse en esta serie de “La Barca de Caronte”.

Peter Even es un hombre de cuarenta años de edad que trabaja en la embajada que Londres tiene en Madrid. Es un señor muy austero, que apenas dedica tiempo a otra cosa que no sea su trabajo. Peter es el encargado de controlar a los empresarios británicos que se mueven por España. Sin embargo, llegó el día en que Peter no tuvo más remedio que asistir a una fiesta que la condesa de Luchana daba en su palacio, en el centro de Madrid. Como digo, Peter no es muy dado a las fiestas. Piensa que, por no enemistarse con la señora condesa, estará algunos minutos y después se marchará.

Peter no está a gusto en la fiesta. Piensa que sobra. Allí no tiene nada que hacer. Es un hombre antipático. Quizá debido a ello no ha encontrado una dama con la que formar una familia. Peter acaba de beberse su segunda copa de coñac y se apresura en llevarla a la mesa. Piensa que ya ha sido suficiente y se quiere marchar. Mañana tiene una jornada agotadora de trabajo. Sin embargo, cuando enfila el camino hacia donde se encontraba la señora condesa siente algo que nunca, jamás, había experimentado. O si lo había hecho, ya no se acordaba de ello. Siente un enorme vuelco en el corazón. El estómago parece que le está taconeando como si de una *bailaora* sevillana se tratara.

Peter ha visto al fondo a una dama muy esbelta, con un moño no muy voluminoso, pero sobre todo, han sido sus dos enormes ojos azules combinados con la tez increíblemente blanca de su cara lo que lo han cautivado. Está descolocado. Parece una estatua de las que hay en el Retiro. No sabe muy bien qué hacer. Acaba de cambiar de idea. Ya no se marchará del festín. Decide cambiar de rumbo y avanzar hacia aquella mujer. Se encuentra sola, sentada en un pequeño sofá. Viste, eso sí, y también llama la curiosidad de Peter, un traje negro azabache. Pero es un negro muy atrayente, impoluto. Apenas hay espacio entre el vestido y el cuerpo, se podría decir que lo lleva pegado a él. Al acercarse comprueba que sus labios y sus párpados están amoratados. Y lleva las uñas pintadas de un morado cercano al negro. O al menos esa es la impresión que le da a Peter.

Peter llega a la altura donde estaba sentada la señorita. A juzgar por su piel, no debía sobrepasar los veinte o veinticinco años. Peter dobla su espalda, le coge la mano con suma suavidad, roza sus labios sobre la piel de la mano y se presenta:

- Si me permite me voy a presentar. Soy Mr. Peter Even, diplomático británico y amigo de la señora condesa.
- ¡Qué hombre más apuesto y considerado! Hasta ahora nadie me había dicho nada. Debe ser que es usted el único que se ha percatado de mi presencia. Soy doña Beatriz de Guzmán, hija del duque de Sidonia.
- ¡Qué fría tiene usted la mano! Una señorita como usted no debería estar sola.
- No suelo salir mucho de casa últimamente. El hombre con el que me tocará estar toda la vida lo debe decidir mi padre. Pero usted es un hombre muy guapo. Me ruborizo al pensar que puedo hablar con usted.

La conversación siguió durante varias horas. Nadie parecía percatarse de que, al fondo, estaba Peter con Beatriz, intimando. Parecían dos personas ajenas al ajeteo de la fiesta que estaba dando la condesa. Peter estaba hechizado. Pero sobre todo estaba intrigado por una cosa: doña Beatriz parecía no tener el calor vital que se desprende normalmente del cuerpo. Beatriz le respondía siempre que eso se debía a que era muy friolera.

A las doce de la noche, la fiesta parecía decaer. Peter decidió invitar a su acompañante a dar un paseo por Madrid. Doña Beatriz aceptó sin ningún titubeo. Conversaron animadamente durante largos minutos. Se sentaron en un banco en el Retiro y contemplaron desde allí las constelaciones que una noche clara como era aquella, permitían ver. Finalmente, conforme la noche caía bajaba la temperatura. Doña Beatriz no parecía estremecerse. Peter le ofreció su enorme chaquetón, pero Doña Beatriz parecía inmune al frío.

Finalmente, Peter, todo un caballero, decidió acompañar a casa a Doña Beatriz. Allí, ella se abalanzó sobre él y le dio un inmenso beso en la boca. Peter pudo comprobar cómo el gélido aliento de Doña Beatriz penetraba en su interior cautivándolo aún más. Cuando acabó este apasionado instante, Doña Beatriz le dio a Peter una rosa negra con un pequeño papel enrollado en el tallo. Le pedía que en el día que había empezado hacía unos pocos minutos, se encontrara con ella. Sería en el cementerio del Prado en el Panteón nº 24 a las doce de la mañana. Peter quiso preguntarle, por qué en el cementerio, pero cuando giró la esquina que da a su casa, Doña Beatriz se había esfumado. La nada se la había tragado. Peter esa noche no pudo conciliar el sueño. Le daba vueltas al asunto. Era esa aureola mística la que le hacía pensar y no poder dormir. Pero lo cierto es que estaba totalmente prendido de aquella fascinante mujer que vestía de negro; presentaba los párpados, las uñas y los labios amoratados (casi negros); tenía unos penetrantes ojos azules y un cabello fino hecho un moño de un negro azabache que le calaba hasta los huesos. Y aunque pensaba, que por la edad podría ser su hija, no le importaba.

Peter acudió a su cita: al cementerio del Prado, al Panteón nº 24. Eran las doce menos cinco minutos de la mañana. Puntualidad inglesa impecable. Pero Peter presenció algo que nunca hubiera imaginado ni en sus más horribles pesadillas. El Panteón estaba abierto y no estaba solo. Había gran cantidad de personas allí, entre ellas la condesa de Luchana. No quería que nadie lo viera allí. Prefería mantener su reputación de hombre trabajador dedicado por completo a la embajada. Pero no sería por mucho tiempo.

Al poco llegó el cortejo fúnebre. Encima del carruaje había un féretro de madera blanca impecable. Lo bajaron y comenzó la misa de réquiem. Peter sentía una curiosidad nunca antes experimentada por él y decidió acercarse. Preguntó a la condesa de Luchana quién había muerto. Ella le respondió: “Es la pobre hija del duque de Sidonia que llevaba varios meses soportando como bien podía la tuberculosis. Pero ayer, hacia las diez de la noche su cuerpo no aguantó más y decidió marcharse al mundo de los justos. ¡Pobrecilla! ¡Con los veintinueve años que tenía! ¡Qué injusticia!”

Cada una de las palabras que escuchaba Peter era un cuchillo que desgarraba su corazón. No podía ser. Simplemente no podía ser. Él había estado con ella la noche anterior. Precisamente a las diez de la noche. ¿Cómo podía ser? Peter se lo contó a la condesa y a los familiares de la joven. Inmediatamente pensaron que se estaba burlando de ellos y lo echaron del cementerio.

Peter estaba muy apenado. No pudo reprimir su llanto. Un llanto de coraje, de desesperación. No sabía qué pensar. No sabía qué le había sucedido. No encontraba, en su racionalismo, una explicación plausible a lo que acababa de experimentar. Era algo que se salía de su propia naturaleza. Peter llegó a su domicilio madrileño. Se tumbó sobre su cama y sólo pensaba en la imagen de lo que, a su juicio, era la diosa más bella que jamás había contemplado.

Pasaron las semanas y Peter cayó enfermo. No comía, sólo dormía. No trabajaba y la embajada tenía previsto relevarlo del cargo en fechas próximas. Peter lo sabía, pero no sabía o no podía hacer otra cosa. Estaba hechizado. Tenía en su mesita de noche aquél regalo que le dio Doña Beatriz. Pero esta rosa negra no se marchitaba.

Peter decidió una noche finalmente, que la vida ya carecía de sentido. Tenía que ver a Doña Beatriz, aunque ello significara profanar una tumba y estaba penado. Recobró las fuerzas que le habían abandonado durante las últimas semanas y se encaminó hacia el cementerio del Prado. Una vez allí, trepó por la verja y logró penetrar en su interior. Entró en la zona reservada al sepulturero y cogió una pesada pala. Acto seguido se marchó hacia el Panteón nº 24. Allí abrió la lápida y rompió a base de golpes de pala, el féretro blanco en el que esperaba encontrar a Doña Beatriz. Pero cuando consiguió ver el interior del féretro, pudo comprobar que allí no había nadie. Fue entonces cuando algo tocó su hombro derecho. Era Doña Beatriz. Él se abalanzó sobre ella y le devolvió ese beso que sabía a triunfo, a victoria y conquista. El aliento helado penetró en el interior de Peter, que pudo comprobar cómo iba perdiendo poco a poco sus energías vitales.

A la mañana siguiente, las autoridades encontraron el cuerpo de Peter echado sobre la lápida corrida del Panteón nº 24 en el cementerio del Prado. En su mano derecha tenía una enorme rosa negra. El ataúd estaba vacío. Desde entonces hay quién cuenta que, a determinada hora de la madrugada, se puede ver paseando a Doña Beatriz en las inmediaciones del cementerio del Prado con una rosa negra entre sus manos. Puede que si usted se acerca algún día por allí, sea el “afortunado” y le regale su rosa negra.

Y hasta aquí esta historia basada en una leyenda. Creo que tiene ese romanticismo atroz, casi siniestro, que tanto nos gusta a los pocos que, como yo, todavía somos románticos. Un saludo a tod@s mis lectores/as. Y un abrazo cordial.



Aquella dama debía tener una imagen muy parecida a ésta.



La Rosa Negra, un símbolo que se asocia con la demonología.